



Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,40-45

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: “Si quieres, puedes limpiarme.”

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Quiero: queda limpio.” La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.

El lo despidió, encargándole severamente: “No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.”

Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún Pueblo, se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.

Palabra del Señor.

Comentario

Jesús sigue su camino de anuncio del Evangelio a todas las personas y por el camino se le encuentra un leproso. La lepra es una enfermedad contagiosa y, en aquella época, tenían prohibido acercarse a los pueblos para no contagiar a nadie.

La lepra era una doble enfermedad. No sólo uno estaba enfermo, con todo el sufrimiento que eso conlleva, sino que también te aislaba de la sociedad porque te excluían de la relación con los otros.

El Señor no se queda en la ciudad esperando. Él también se hace accesible para que todos puedan encontrarse con Él. Se le acerca un leproso y se pone de rodillas. Este gesto es signo de adoración. El leproso reconoce con su signo que está ante la presencia de Dios.

La súplica que dirige el leproso al Señor es una petición del que sabe que sólo le queda confiar en Dios. Todo lo pone en las manos de Dios. Es la misma actitud que se manifiesta en el Siervo de Yahvé. Una actitud que se hace constante en todos los santos.

El Señor puede limpiarnos de nuestras enfermedades. Todos nosotros tenemos nuestras propias lepras personales, y quizá este es el momento de poner nuestra enfermedad en las manos de Dios.

El Señor acepta al enfermo de lepra. Lo acoge. No lo excluye. Ya lo ha curado, sin hacer ningún milagro, de la enfermedad de la exclusión. El Señor no está mirando nuestras enfermedades. Él nos acoge a todos. Esta actitud es la que el Papa Francisco mantiene al hablar de ir a las periferias de la persona.



*Comentario al Evangelio VI Domingo Tiempo Ordinario
Lv 13, 1-2.44-46; Sal 31; 1Co 10, 31-11, 1; Mc 1, 40-45*

Jesús mira al leproso. Dios mira a la persona cara a cara. Fija sus ojos en cada uno de nosotros. El Señor empatiza con la persona, por eso, siente lástima. Dios puede comprendernos porque ha asumido nuestra condición humana. Se ha hecho uno de nosotros y, por eso, se pone en nuestra piel y nos entiende.

Siente lástima por el leproso e interviene. Jesús toca al leproso. Algo que estaba prohibido. Dios rompe las reglas para salvar a las personas y lo expresa verbalmente: Quiero, queda limpio.

El Señor ha respondido a la petición del leproso. Y la respuesta de Dios es implicarse en la vida de esa persona. Toca a la persona, habla con él. A Dios le importamos mucho más de lo que a veces podamos pensar.

La lepra se le cura inmediatamente. La presencia de Dios en nuestra vida tiene efectos salvíficos para nosotros. Cada vez que recibimos cualquier sacramento tiene un efecto saludable para nuestra alma.

El leproso es curado y el Señor Jesús le pide dos cosas. Que guarde silencio, Jesús no quiere ser reconocido como un médico, o como un milagrero y que acuda al Templo, presente la ofrenda establecida por la curación.

La primera cosa no la cumple. La alegría que lleva en su corazón le hace comunicar el gran milagro a todos los que se encuentra. Dios ha entrado en el corazón de esa persona. Lo ha curado y comparte con todas las personas la alegría de su encuentro con Dios.

La segunda cosa que le pide al Señor seguramente si que la cumpliría. Era como el certificado de que ya puede volver a reinsertarse en la sociedad. Ya puede convivir con otras personas.